



CAPITULO XVI.

LA ALEGRIA EN MEDIO DEL DOLOR.

Quando hubo llegado á la calle de Lille, Gustavo subió sin titubear á casa del señor Devaux.

—Hágame vd. el favor de decir á la señorita Devaux, dijo al criado que vino á abrirle, que hay aquí una persona que la ruega la reciba en el salon.

Pronunció Daumont estas palabras con un tono tan resuelto, que el criado no contestó sino obedeciéndole.

Gustavo entró, pues, al salon que ya conocemos, y adonde se presentó Antonina pocos momentos despues.

—¿Vd. es quien desea hablarme, caballero? preguntó á Gustavo con admiracion.

—Sí, señorita, contestó éste, y aun la rogaré

que lo que tengo que decirle, no puede ni debe ser oido mas que de vd. sola.

Semejante lenguaje no podia ménos de admirar á la jóven; pero el que la hablaba lo hacia con un tono tan suplicante, que cerró la puerta como se lo pedia, y volviéndose á sentar, le dijo:

—Ya escucho á vd., señor.

—Señorita, exclamó con calor entónces Gustavo; vd. es jóven, bella; es vd. la hija de un hombre honrado; el corazon de vd. debe ser, pues, compasivo, bueno, generoso.... Ah! sin quererlo, ha sido vd. la causa de una gran desgracia....

—Me espanta vd., dijo Antonina que nada comprendia de la emocion de Gustavo, á quien no reconocia aun, á pesar de haberlo visto, muy vagamente, del brazo con Edmundo.

—¿Ha venido ayer una jóven á ofrecerla á vd. sombrerillos, encajes y obras de mano?

—Sí, señor.

—¿Le ha hablado á vd. del señor de Péreux?

—Tambien es cierto, señor, contestó Antonina ruborizándose.

—Oh! hábleme vd. sin temor, señorita, porque en el mundo no tengo mas que una vanidad, y es creer que no hay un corazon mas franco que el mio. Vd. ha confiado á esa jóven lo que el señor Devaux le habia dicho á

vd. respecto á Edmundo, es decir, que está atacado de una enfermedad mortal.... Pues bien, señorita! esa muchacha á quien conozco, me lo ha escrito todo, porque sabe que amo á Edmundo como á un hermano..... y la carta ha caído en las manos de Edmundo.....

—¡Desgraciado! exclamó Antonina.

—Oh, sí, desgraciado....! muy desgraciado en efecto, señorita, porque esa profecía de muerte es la ruina de todas sus esperanzas, de todas sus afecciones, de toda la felicidad que había soñado.... porque Edmundo amaba á vd., señorita..... porque la ama, y ahora tendrá que imponer silencio á su corazón, y su corazón, que no podrá apaciguarse, se romperá entre su pecho, y lo matará ántes del fatal término prescrito.... Ah! señorita, por esto he venido hácia vd. con franqueza, con la mano sobre el corazón, á decirla con sencillez: Hay un hombre que ama á vd., y que morirá muy jóven: este hombre tiene una madre que no vive sino con la vida, con la felicidad de su hijo. ¿Se siente vd. con bastante fuerza en el alma para hacerse el ángel de guardia de ese hombre, para acompañarlo, para protegerlo con su amor, con sus cuidados, hasta la hora de la muerte, para reparar el mal que involuntariamente ha causado vd? ¿ó es necesario que ese desgraciado parta y que vaya á morir en al-

recuerdo del nombre de vd....? porque estoy seguro que el amor de su madre no le basta ya.....

Hay sentimientos que no tienen necesidad de comentarios.

Renunciamos á pintar la impresion que aquella declaracion, tan sencilla y al mismo tiempo tan estraña, causó á Antonina; pero en un instante ella se convirtió en mujer, y sintió vibrar en su corazón todas las cuerdas del amor, de la generosidad, del heroismo, y aconsejarla la accion que la pedia Gustavo.

—Caballero, dijo la jóven á Daumont con una voz grave y levantándose con solemnidad, ¿me jura vd. que todo lo que acaba de decirme es verdad?

—Se lo juro á vd., señorita.

—¿Está vd. seguro de que llegando á ser la esposa del señor de Péreux, habré hecho todo lo que es humanamente posible para hacerlo dichoso, cualquiera que sea el tiempo que el cielo le conceda de vida?

—Estoy seguro.

—Pues entónces..... señor..... amo al señor de Péreux, y mientras él viva, no seré de ninguno otro sino suya.... Llévele vd. este anillo, que conservo como un recuerdo del amor de mi madre, como una prenda del juramento que le hago

Gustavo se arrojó á los pies de Antonina, la besó las manos y se las cubrió de lágrimas.

—Vaya vd., caballero, le dijo á Gustavo: vuelva vd. junto al señor de Péreux. . . . yo voy á rogar al cielo por mi marido.

Al decir esto, Antonina, pálida, magestuosa, bella, radiante de juventud de amor y de virtud, abrió la puerta y entró á su aposento.

Gustavo bajó las escaleras de cuatro en cuatro escalones, repitiéndose á cada instante:

—¡Qué carazon tan noble. . . .!—Pobre Edmundo. . . .! á lo ménos me deberá un momento de alegría. . . .

En la puerta Gustavo encontró á su amigo, quien como hemos visto, habia querido venir á hacer una visita al señor Devaux.

—Te ama. . . . gritó Gustavo sin poderse contener. Nunca se casará con otra. . . . Toma su anillo. . . . desde hoy han contraido vdes. esponsales. . . . Aguarda, amigo mio, aguarda. . . .

Y se arrojó en los brazos de Edmundo.

Edmundo estaba casi sofocado por la alegría.

—La has visto? preguntó.

—Sí.

—Y me ama?

—Sí.

—Y consiente en casarse conmigo?

—Sí, sí, te digo. . . .

—Ah, Gustavo! no podia yo imaginarme que pudiera uno ser tan dichoso y tan desgraciado el mismo dia

Y al decir esto, Edmundo abrazaba de nuevo á su amigo.

—¡Pues. . . ! esos caballeritos están locos. . . ! dijo un señor gordo que habia presenciado esta escena, y que no podia comprender que se abrazara uno de semejante manera en la calle, y obligara á las gentes honradas á bajar de la banqueta. . . .

FIN DEL TOMO PRIMERO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625-MONTERREY, MEXICO